

LORENZO MEYER

“La misión básica del historiador o del científico social es estar inconforme”

Para el historiador y analista político (México, D. F., 1942), la objetividad en los temas de estudio, ya sean históricos o sociales, se establece en función de razones políticas y de formación de quienes hacen historia, y considera que en el ámbito de los académicos se presenta una muy buena y saludable pluralidad.

José Juan Zapata
Pacheco

Fotos: Félix Torres

Lorenzo Meyer es una de las mentes más lúcidas del análisis político en México. Doctor en Relaciones Internacionales por el Colegio de México, ha incursionado en el periodismo, donde ha escrito columnas para *Excélsior* y *Reforma* y participado en diversos canales de televisión. El enfoque histórico siempre ha estado muy presente en sus análisis políticos. Además ha desarrollado la

docencia en diversas universidades mexicanas y del extranjero, donde ha sido profesor visitante. Miembro emérito del Sistema Nacional de Investigadores, en entrevista para *Actas*, con motivo de su participación en el III Congreso Internacional de Historia organizado por la Universidad Autónoma de Nuevo León, comenta en torno a su relación personal con la historia y su visión de la misma frente al poder político.

¿Cómo es que llega a la historia, habiendo estudiado Relaciones Internacionales?

Todos somos en parte lo que nos ocurrió en la infancia; no enteramente, pero sí algo hay de eso. Y sin venir de un medio de historiadores, resulta que se hablaba mucho de historia en casa de mi abuelo y en la de un tío con el que viví. No eran ni de broma historiadores profesionales, pero eran amateurs, les gustaba. Luego, en el Colegio de México, cuando entré a la licenciatura –yo tenía 18 años–, el enfoque que se le dio a esa licenciatura en Relaciones Internacionales fue un enfoque histórico, probablemente porque quien la pensó y quien consiguió los dineros y organizó todo para que hubiera esa primera licenciatura seria en Relaciones Internacionales, fue Daniel Cosío Villegas, quien venía de hacer su *Historia moderna de México*, y venía con un enfoque muy histórico. Entonces, en esta carrera, que en otras universidades podría tener muy poco de historia, acá tuvo “un mucho” de historia contemporánea; curioso, no de México. Recibimos muy poco de historia de la política exterior mexicana, pero sí mucho de historia del siglo XIX y del XX de Estados Unidos, de África, de Europa, de los continentes como un todo; y de países específicos: Unión Soviética, India, América Latina también. Cuando yo terminé tenía, sin proponérmelo, un buen conocimiento de historia moderna, contemporánea, no de la historia antigua, esa me faltaba. Terminé el doctorado con un tema de historia, que fue el conflicto de México con Estados Unidos por el control del petróleo, que fue una historia de fines del siglo XIX hasta la Segunda Guerra Mundial. Historia muy contemporánea. Y cuando fui a la Universidad de Chicago ahí me dijeron, en el Departamento de Ciencia Política, de manera textual, que la historia no valía nada, que me olvidara por completo de ella, que estábamos en un departamento de “ciencia” política, pero aunque me pasé tres años ahí, no logré realmente creer eso. Yo ya estaba muy enfocado a la observación de los fenómenos políticos con una óptica histórica, así que cuando salí de ahí me incorporé a la vida académica; me hice cargo de una parte de la Historia de la

Revolución Mexicana que Cosío Villegas coordinaba. Así que, de ahí para adelante.

Menciona a Daniel Cosío Villegas, pero ¿qué otros autores o historiadores han marcado su trayectoria?

Es el único en realidad... Bueno, sí, Luis González y González, él nunca me dio clase; Cosío Villegas tampoco, pero él diseñó la estructura académica del Centro de Estudios Internacionales. Pero con Luis González yo llegué ya como profesor cuando lo conocí. Le hubiera gustado a don Luis esta respuesta. Era la charla con él, una charla muy seguida, a veces diaria, informal, después de la comida, sobre temas de historia, sobre todo política. Él dominaba la historia política, la historia social, cultural. Yo me enfocaba en la política y creo que de esa manera, fuera de la clase, con charlas entre colegas, también se adquiere una formación, se afianza lo que ya estaba. Tony Judt, un historiador inglés que murió hace poco, que vivía en Estados Unidos y escribió una fantástica historia sobre Europa Occidental en la posguerra, también tiene una serie de ensayos; en uno de ellos dice que en Cambridge hay un ambiente que propicia esa universidad inglesa para hablar entre los colegas formados. Y él que apenas ingresaba su formación académica se hizo más ahí que en las aulas formalmente.

Entre sus temas de interés están la relación entre México y Estados Unidos, y la Revolución Mexicana, ¿por qué fueron estos temas los que le atrajeron más?

Yo creo que todo historiador, y todos los que son estudiosos de las ciencias sociales, toman sus decisiones finalmente por razones políticas, lo quieran o no lo quieran admitir. Uno se supone que debe tratar de ser objetivo, pero no hay nada de objetivo en el tema que uno estudia, eso sí es puramente subjetivo. Y yo tomé el de la relación con Estados Unidos porque me interesaba explorar el tema del imperialismo, de la manera en que unas partes del planeta logran imponerse a otras. Yo venía formado, después de todo, como muchos de mi generación, con la idea del nacionalismo



mexicano. ¿Cuál era el punto focal de ese nacionalismo? La relación con Estados Unidos. De esa relación dependía que el nacionalismo tuviera o no tuviera resultados, que fuera algo efectivo. Un nacionalismo, por cierto, que ahora está siendo cuestionado por muchos de mis colegas. Es un nacionalismo defensivo, no un nacionalismo ofensivo. Y si uno está viviendo al lado del país más nacionalista del planeta, me resulta casi natural una reacción también nacionalista. Me metí a esa parte porque creí que con la Revolución Mexicana tuvimos uno de los momentos interesantes, positivos en el desarrollo de nuestra conciencia como sociedad nacional, y hubo capacidad de resistir las presiones externas con éxito. Cosa que no se ha hecho después y que antes habíamos tenido varios fracasos; entonces, es una decisión de ahondar en una historia de éxitos en un país que tiene muy pocos. Si hubiera tomado otros temas a lo mejor habrían salido menos luminosos que esos de tensión, de lucha, de proyecto nacional, que luego se fue disolviendo.

¿Qué función social ve actualmente en la historia y más en esta época de la incipiente democracia?

Es una función, a mi juicio, básica, no sólo para quienes están analizando el país, sino para un ciudadano nor-

mal, común y corriente, tener conciencia de lo difícil que ha sido el proceso político mexicano. Estoy hablando de historia política. Es la forma de encontrarle sentido a los esfuerzos individuales, o de grupo, colectivos, que hacemos en aras de lograr una sociedad menos brutal, menos injusta, que la que se vivió en el pasado; de aspirar a lograrla, que a lo mejor no la logramos y se hace hasta peor que en el pasado. Pero ahora sí que tenemos conciencia, creo, de donde venimos, por cuáles problemas hemos pasado, y las altas y bajas entenderlas en función de ese trasfondo grande de la historia.

¿Cómo ha manejado la historia el poder? ¿Qué uso se le ha dado desde el Estado?

Creo que hay una muy buena pluralidad, muy saludable, en el mundo de quienes hacen historia. No son nada más los historiadores profesionales. El enfoque histórico lo usan sociólogos, politólogos, antropólogos, economistas. Es muy plural. No está al servicio de quienes tienen el poder, aunque sí los hay, siempre lo ha habido; eso no es lo raro. Lo raro es quienes cuestionan la legitimidad de esas estructuras de poder, que en buena medida es lo que puede hacer la historia, y lo hace en México. Hay una pluralidad de escuelas. Yo no veo que

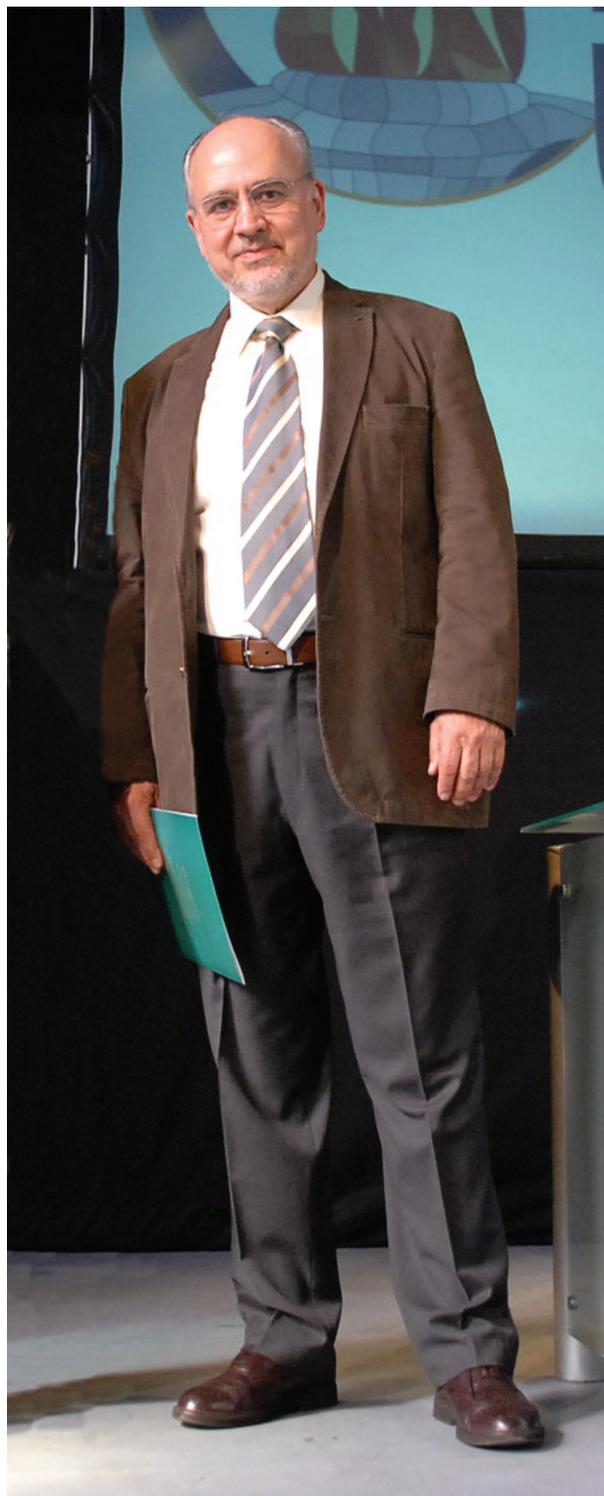
haya una situación tan monolítica como hubo en los años cuarenta o cincuenta, en donde hubo realmente casi una correspondencia entre el dominio del PRI y el dominio de ciertos historiadores y de ciertas visiones de la historia. El marxismo puso en aprietos al dominio priísta en los años sesenta, setenta, cuando en las universidades se desarrolla una visión muy crítica de México, aunque el PRI sigue siendo el dominante. En las universidades ya hay una buena dosis de análisis que deslegitiman ese dominio que se seguía ejerciendo, después del 68. Sí ha habido una pluralidad en el ámbito de los académicos que se han dedicado a hacer historia, que no corresponde al dominio del partido sobre un sistema. Siempre se escaparon muchos, y qué bueno, ese era su papel y su obligación.

¿Tienen algún peso los historiadores en las decisiones de Estado?

No lo sé. Indirecto yo creo que sí, directo muy poco. Fox nunca leyó libros de historia. Tengo la idea de que Peña Nieto tampoco. Quien sí tenía una buena lectura era Salinas. Como quiera, los que leen o no leen terminan por dirigir proyectos políticos muy poco afortunados; pero no es para ellos. Finalmente la tarea del cientista social es escribir no para el poder, sino para el resto de la sociedad. Aunque sean muy bien educados, como es el caso de Salinas, pueden ser terriblemente autoritarios, antidemocráticos y corruptos. Otras personas pueden no tener una educación formal muy buena. En este caso específico me refiero al General Cárdenas, que nunca pasó por una universidad y que sin embargo tenía una visión histórica de México que le obligaba a querer cumplir con aquéllos que la historia había estado menospreciando y que se les debía mucho. Era una deuda histórica la que él quiso cumplir, sin ser un gran lector. No tuvo el tiempo ni los medios. No es que estén bien o mal educados en historia; son otros elementos. Finalmente es mucho de su personalidad, pero en cualquier caso el historiador o el científico social su misión básica es estar inconforme.

¿La labor del historiador se puede desarrollar de manera independiente, o está siempre esta dependencia de las instituciones?

Se puede desarrollar de manera independiente con mayor dificultad. Sí se necesitan dineros para ir a ver los archivos en el exterior. Hay algo de necesidad de movilidad, de irse a otro lado. Pudiera, si se tiene la voluntad y la capacidad, hacerse al margen de las instituciones. Pero no es necesario porque las instituciones son muchas ya en México y aceptan la diversidad. Yo por lo menos, de donde vengo, encuentro a algunas de las autoridades bastante conservadoras. Pero no se meten conmigo. La idea de la libertad de



cátedra tiene alguna realidad. No es como la teoría lo dice, pero tiene realidades. Yo encuentro en mi propio ambiente la capacidad de disentir mucho y de encontrar colegas. Hay que hacer pagos, el punto es que no lo dejan llegar a uno a los puestos de autoridad de las instituciones, esas sí están más bien del lado conservador. A lo mejor es natural.